

Llegó su astucia e ingenio a tal altura que desde palacio estableció una serie interminable de relaciones de todo tipo, desde aspectos políticos, donaciones, amistades con la nobleza, llegando a elaborar una inteligente política de matrimonios de sus hijos con lo más esclarecido de la nobleza. De esa manera se iba haciendo cada vez con un poder inmenso, y nada se hacía en la corte sin que ella interviniera y sin que la última decisión fuera acordada con su consentimiento. Nada se hacía sin contar con la aquiescencia de Leonor. Tanto por la nobleza como con embajadores era considerada como si de la reina se tratase. Su poder era ilimitado, llegando una ocasión en que el rey de Inglaterra la pidió que influyera sobre un matrimonio de su hija con el hijo de Alfonso, Pedro. Incluso otros reinos de la Península la trataban como si fuera la reina.

Esta situación tenía, sin embargo, sus opositores, de manera especial los reyes de Portugal, pues el rey veía que su hija estaba siendo apartada y arrinconada, siendo un desprecio para los portugueses. Se hizo todo lo posible para que las relaciones de Alfonso con Leonor se eliminaran, pero todo fue inútil. La pasión y tal vez amor que Alfonso sentía por la amante no le hicieron variar su postura y su predilección por esa mujer. Incluso desde Portugal se tomaron medidas de todo tipo para evitar que la situación continuara. Llegaron incluso a apelar al Papa para que semejante situación terminara. No se consiguió nada. Pero la situación se puso tan tensa que Portugal negó su ayuda en la lucha contra los musulmanes, así como animar a la nobleza a sublevarse contra Pedro. Todo esto hizo que Alfonso tomara la decisión de llevar a Leonor a un convento. La buena relación con Portugal volvió a tener lugar. La Batalla del Salado contra la invasión de los benimerines fue un triunfo total de los cristianos. Tras la cual Alfonso tomó la decisión de sacar del convento a Leonor y regresar a la situación anterior. Los amores de la pareja volvieron a su cauce.

Aunque en ocasiones el rey debía tener participación con la reina en diferentes actos protocolarios, la situación no era agradable para ninguno de los dos. Incluso para la amante Leonor tampoco sería grata que en ocasiones el rey la “desplazara” por tener que ir con la reina a esos actos, por lo que se sentiría abandonada y desplazada, cuando ella se tenía por la verdadera reina en la toma de decisiones. No cabe duda que esta situación debía sacar de quicio a Leonor, la amante y reina efectiva. Pues ni siquiera aparecía en los documentos oficiales, pues siempre era María la que tenía un lugar preeminente en los documentos

y actos oficiales. El rey no se atrevía a desplazar a la reina, habría sido algo intolerable.

El nacimiento del hijo y heredero Pedro debió ser un golpe terrible para la ambiciosa Leonor, pues si en principio pensaba que serían sus hijos los que ocuparían el trono en un futuro, la llegada de Pedro supuso romper todas las esperanzas. Pero así y todo continuó maquinando estrategias para hacer subir peldaños cada vez más elevados a sus hijos, y nunca dejó de pensar que serían ellos quienes alcanzaran el trono.



La reina María, la desplazada pero verdadera reina, vivía en Sevilla con el hijo heredero. Mientras que la amante y sus descendientes acompañaban al rey en todas sus aventuras de conquista. Jamás se separaban del rey, de esa manera continuaban ejerciendo una influencia absoluta entre la nobleza, siendo su proceder de total y absoluta decisión sobre los actos oficiales. Premiaba o castigaba de acuerdo con el comportamiento.

Sus hijos eran en estas circunstancias los verdaderos y oficiales hijos del rey, aunque no legales, y menos descendientes, pues jamás se separaban del monarca y el cariño sobre ellos era absoluto. Mientras tanto Pedro, su verdadero y legítimo heredero permanecía alejado de su padre, sin apenas tener contacto con él, sintiéndose marginado por los bastardos y odiado por la amante, pero dueña de las decisiones palaciegas. En estas circunstancias no es de extrañar que Pedro viera con cólera y enorme enfado su situación marginal. Y lo mismo sucedería a su madre, legítima reina y desplazada por la amante.

Mientras una se sentía dueña y señora de las decisiones de palacio, la reina era la secundaria, la que se encontraba marginada y postergada. Lógicamente reina y heredera debieron ir almacenando en su corazón un odio por quienes ocupaban el lugar que les pertenecía.

Alfonso fue un monarca de grandes cualidades políticas y militares. Realizó numerosas conquistas, llegando hasta Algeciras. Estando sitiando esta ciudad, Alfonso falleció a causa de la peste que por entonces asolaba Europa. Con ello la situación cambiaba por completo para Leonor. De ser considerada reina, se encontró con la animadversión de quienes hasta entonces la habían adulado.

Viendo el peligro que la acechaba tanto a ella como a sus hijos, pide ayuda al rey de Aragón, pero no obtiene resultado. Lo mismo hace con varios de los que consideraba amigos, pero no consigue nada. Había que estar en buena disposición con el nuevo rey